

TESTIMONIO

TLALTELOLCO

por Noika Moncada

2 de Octubre

Han pasado seis meses y el recuerdo de aquella tarde sigue en mi mente. Sigue como algo que no debe olvidarse y que quién sabe por qué motivos trato de reprimirlo; no sé si será porque me asusta el descubrir que desde ese momento no sentí el suficiente coraje contra tal agresión. Las sensaciones que tenía eran tan raras, tan inesperadas, que todavía no puedo explicarlas.

Recuerdo que asistí al mítin convocado por el Consejo Nacional de Huelga a efectuarse en la Plaza de las Tres Culturas. Tanto yo como algunos compañeros y familiares nos sentíamos confiados debido al éxito que habían tenido anteriores concentraciones en Tlaltelolco y no dejábamos de tomar en cuenta el apoyo que habían dado a los estudiantes los habitantes de la Unidad. Sin embargo, había algo diferente en el ambiente, a la vez que sentíamos confianza, se advertía un cierto nerviosismo en nosotros.

Yo recibí algunas llamadas de amistades en las que me comunicaban que iba a haber represión, que me cuidara, que no asistiera. Pero esas advertencias más que asustarme me hacían imaginar una situación diferente, ese algo nuevo que tantas veces se espera. No sé si esto se debiera a que en muchas ocasiones todos quisiéramos sentirnos por un momento pequeños héroes, tan pequeños, que tal vez sólo nuestros allegados lo sabrían.

Durante la comida, los comentarios giraron en torno al movimiento estudiantil. Algunos contábamos nuestras experiencias y hacíamos bromas. Cuando llegó un compañero de la escuela por mí, seguimos bromeando y comentando los últimos acontecimientos. Mi hermano le ofreció una copa, diciéndole que la aceptara, pues probablemente sería la última que tomara; todos reímos, sin imaginar que sus palabras estuvieron muy cerca de convertirse en una realidad.

Antes de salir de la casa, alguien le dijo a mi cuñada que por qué no iba, estábamos a unos cuantos pasos de la Plaza (vivimos en Tlaltelolco) y nece-

sitábamos gente. Ella aceptó y nos dijo que pasaría por otra de mis cuñadas para ir todos juntos.

Llegamos a la Plaza a las 17:30 Hrs., el mitin ya había empezado y yo me dedicaba a ver cuánta gente había. No sé cuánta sería, pero toda la explanada estaba repleta; en las terrazas del edificio Chihuahua ya no cabía nadie más; de los edificios un poco más alejados pero que también tienen vista a la Plaza, se veía gente asomada a las ventanas y apretujada en las terrazas. El ver reunida a esa muchedumbre me causó alegría pues venía a comprobar una vez más que el pueblo estaba reaccionando y que en mayor o menor grado estaba con el movimiento.

Ya estando allí nos encontramos con muchos conocidos, cosa que nos sucedía en todas las manifestaciones. Platicábamos y comentábamos la asistencia, muchas veces olvidándonos de los oradores. Cuando uno de ellos comunicó a los manifestantes que se había suspendido la marcha hacia el Casco de Santo Tomás para exigir la salida de las tropas, aplaudimos, pues pensábamos que habría sido una provocación de la que hubieran salido muy mal librados los estudiantes. El orador continuó hablando y de pronto vi unas luces de bengala verdes que parecía procedían de la parte posterior de la iglesia. En ese momento todo fué confusión; algunas personas empezaron a correr empujándose unas con otras, el joven que estaba hablando llamaba desesperada e inútilmente al orden, pues ya nadie le escuchaba. Gritaba "calma, no corran, es una provocación, mantengamos el orden". Yo dudaba, no sabía si correr o tratar de conservar la calma para poder darme cuenta exacta de lo que estaba sucediendo. Fué en ese momento cuando uno de mis compañeros me dijo: "mira a esos desgraciados", volví la mirada hacia la tribuna —la terraza del tercer piso del edificio Chihuahua— y ví cómo un sujeto jaloneaba al muchacho que tenía el micrófono y empecé a escuchar disparos. Ya era tanta la confusión que no podía distinguir de dónde provenían, pero creo que el tiroteo se había generalizado en todas las direcciones de la Plaza.

Todavía aturdida, sentí que alguien me jaló del brazo, al mismo tiempo que la propia gente me empujaba. Con este impulso llegamos a uno de los locales comerciales que se encuentran en la planta baja del edificio Chihuahua. Apenas habíamos penetrado al local cuando alguien gritó, "cierren la puerta; ya no dejen entrar a nadie". Inmediatamente nos tiramos al piso y tratamos de encontrar algún muro o algo que nos protegiera, pero ya era imposible, el local estaba invadido. Yo quise moverme, pero mi hermano casi se echó sobre mí y me impedía cualquier movimiento. Empecé a preguntar por mi hermana, mis cuñadas y mis compañeros, él me dijo: "No te preocupes, todos están bien, pero no te muevas".

Pasada esta primera impresión empecé a recobrar la calma, aunque creo que no la había perdido, pienso que no hubo tiempo para ello. Casi sin levantar la cabeza descubrí a mi hermana y a mis cuñadas, junto a ellas estaba solamente uno de mis compañeros, los demás no supe por el momento dónde estaban.

El tiroteo aumentaba, era impresionante oír el impacto de las balas y el estruendo de los cristales al romperse. En esos momentos me sorprendía el no sentir miedo, o tal vez era tanto que ni yo mismo me daba cuenta. Hubiera querido levantarme y convencerme de lo que estaba pasando, toda-

vía no lo creía. Me sentía un tanto culpable por haber insistido para que nos acompañaran mis familiares, si les pasara algo. . . Lo que más me indignaba era sentir esa impotencia para responder a la agresión.

Los minutos pasaban y el tiroteo no disminuía. Deseaba que ya terminara, no por el miedo de que alguna bala me pudiera tocar, sino para convencerme de que era cierto y de que yo estaba ahí.

Me dolía la nuca por los intentos de levantar la cabeza y sentir la mano de mi hermano que me lo impedía. No sé que hubiera sido más doloroso, si el haber presenciado y sido testigo de la matanza, o el estar allí "semi-protegida" imaginando la suerte que habrían corrido los cientos de personas —mujeres, niños, ancianos, jóvenes— que se encontraban en el centro de la Plaza y que con toda seguridad no habían tenido oportunidad ni tiempo para correr y salvarse. Yo, que estaba a unos cuantos metros de los locales, apenas tuve tiempo de llegar a ellos, pero, ¿y toda esa gente?

De pronto se escuchó una voz que venía de afuera: "alto el fuego", la orden iba siendo repetida conforme llegaba a los grupos de soldados.

Cesó el fuego. A pesar de que el local estaba completamente lleno, no se escuchaba ninguna voz. Aprovechando la "tregua" mi hermano y yo tratamos de acomodarnos en algún rincón y protegernos. Quitando algunos objetos, logramos colocarnos tras de una pequeña columna. Eran las 19:15 Hrs. Hasta ese momento me di cuenta de que estaba lloviendo. Ni una palabra, ni un comentario. Lo único que se me ocurrió fue sacar un cigarro y empecé a fumar. No lograba poner en orden mis pensamientos, si es que los tenía.

No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto empezó nuevamente la balacera: "no era posible, ya había sido demasiado". En esta ocasión ya no escuchaba yo el impacto de las balas, me daba la impresión de que ahora tiraban al aire, tal vez para asustarnos y obligarnos a permanecer quietos. Mientras tanto, el ejército "limpiaba" la Plaza.

Nadie se movía. Los que estábamos más cerca de la puerta pudimos ver algunos tanques pequeños que rondaban por el edificio. De fuera, pero muy cerca del local, escuchamos la voz de un joven que se quejaba: "soldado, soldado, ayúdame, necesito una ambulancia, no puedo caminar". Repitió esto muchas veces, pero no podíamos hacer nada. Soldados y agentes con guante blanco o con un pañuelo enrollado en la mano, pasaban una y otra vez. En ocasiones llevaban a personas heridas. Ya no escuchamos la voz del joven que pedía auxilio —quién sabe qué habrá sido de él.

Sorpresivamente, la luz del local fue encendida. Sentí un sobresalto cuando vi que un pelotón del ejército penetraba al local. Después de lo que había pasado, ya todo podía esperarse. Sentí miedo y coraje. El que comandaba al grupo nos dijo que nos levantáramos y pusiéramos las manos sobre la nuca. En esos momentos esperaba lo peor. Sin embargo, nos dijo "calma, estense quietos, no va a pasar nada". Se acercaron y empezaron a revisar a los hombres; a las mujeres sólo nos hicieron abrir nuestros bolsos. Volvieron a apagar la luz y se colocaron en posición de tirar hacia afuera.

Toda la gente volvió a tirarse al suelo; buscando una mayor protección. Pasaron algunos minutos y ya sólo se oían algunos disparos aislados. Luego

nos dieron nuevamente la orden de levantarnos y nos hicieron salir por la parte posterior del edificio. Cuando íbamos saliendo, algunas mujeres lloraban y pedían que ya terminaran. Un niño se quejaba, estaba herido, se había cortado con los cristales rotos.

Uno a uno fuimos saliendo, escoltados siempre por los soldados. Al salir, vi en el piso una gran mancha de sangre. Nos condujeron a unos cuantos metros y nos "acomodaron" atrás de los elevadores del edificio. Al llegar ahí, encontré a una amiga que en la confusión se me había perdido. Estaba empapada e inmensamente pálida. Apenas cruzamos unas palabras. Entonces nos dieron la orden de cruzar para llegar a un costado de la iglesia. Avanzaron unas cuantas personas, cuando volvimos a escuchar un breve tiroteo, inmediatamente nos volvimos a donde estábamos. La gente empezó a desesperarse y se apretujaban unos con otros. Alguien gritó que un niño se estaba asfixiando, o más bien, lo estaban esfixiando. Entre nosotros mismos recomendábamos conservar la calma.

Terminado el breve tiroteo nos ordenaron nuevamente atravesar hacia la iglesia. Avanzamos hasta llegar a la parte posterior del templo. Ahí nos formaron en dos filas, una de hombres y otra de mujeres. Los hombres empezaron a avanzar, obedeciendo las indicaciones que les daban. En ese momento uno de los soldados dijo que los que vinieran con familia avanzaran. Mi hermano y el amigo que iba con nosotros nos abrazamos y empezamos a caminar. Atravesamos el edificio de Relaciones Exteriores y salimos a la calle.

Tanto la avenida Nonoalco como San Juan de Letrán estaban plagadas de carros del ejército y granaderos. El despliegue de fuerzas había sido impresionante.

Un tanto azorados y sin aceptar a comentar nada, caminamos y caminamos sobre la avenida San Juan. Entramos a una farmacia a llamar por teléfono e informarnos sobre nuestra familia, ya que gran parte de ella vive en Tlaltelolco. Nos dijeron que una hermana —que vive en el edificio Chihuahua— y dos hermanos estaban detenidos. A pesar de que la noticia no era buena, al menos supimos que estaban vivos. Seguimos caminando y nos metimos a un café a tomar algo. Desde ahí volvimos a llamar y ya para entonces nos dijeron que todos estaban bien, que habían regresado, que NO HABIA PASADO NADA.

